

militar como principio de táctica combinada. Por eso daba tanta atención á la caballería, alterando su proporción con las demás armas á la inversa de lo que practicara en la organización de sus ejércitos durante la campaña de Chile. Pero estos planes, como los anteriores, debía llevárselos el viento, y quedar simplemente bosquejados como una muestra del genio militar de su autor, á la vez que de las diversas alternativas por que pasó su espíritu en medio de las peripecias de la época. La cronología de los hechos explicará estas peripecias y estas alternativas.

Á fines de octubre recibióse en Buenos Aires la falsa noticia de que O'Donnell á la cabeza del ejército de Cádiz, se había sublevado y marchaba sobre Madrid. El director supremo dispuso en consecuencia, que el ejército del norte acantonado en las inmediaciones de Córdoba regresase á Tucumán, y escribió á San Martín: « Por ahora fué á tierra el proyecto » de invadirnos » (13). Á principios de octubre vuelve á renacer la alarma al saberse que O'Donnell ha sofocado el levantamiento militar próximo á estallar; pero antes de finalizar el mes, el gobierno tenía la evidencia de que la expedición estaba desbaratada en gran parte, y que era cuando más un peligro remoto. Así lo demostraba el periódico oficial (14) y lo ratificaba confidencialmente el mismo director: « Remito » copia de la última comunicación que he recibido de Gibraltar sobre movimiento de la Península y estado de la expedición hacia esta parte. Por ella se deja conocer que si insisten en su proyecto, no será tan pronto realizable, y así » tendremos siempre tiempo suficiente para prepararnos » (15).

(13) Carta del director Rondeau á San Martín, de 26 de setiembre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

(14) Véase: « Gaceta de Buenos Aires » núms. 143 y 144, de 20 y 27 de octubre de 1819.

(15) Carta del director Rondeau á San Martín, de 27 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. LVII.)

En los primeros días de noviembre súpose positivamente que la peste se había propagado en el ejército expedicionario, diseminándose en sus cuerpos (16) aun cuando más tarde se anunció, — por la última vez, — que el gobierno español persistía en su propósito á pesar de todo. Desde entonces se tuvo la evidencia de que la expedición era imposible ó por lo menos muy problemática. En efecto, la España estaba agotada, y la última conmoción abortada de su ejército, la había quebrado militarmente, aumentando su malestar político. La metrópoli ya no enviaría á América un solo soldado. Su último ejército expedicionario, se convertiría en ejército revolucionario. El último de sus ejércitos, que á la sazón levantaba el estandarte del rey en sus colonias independizadas, estaba circunscrito á las montañas del Perú. Allí lo iría á buscar San Martín, obedeciendo al impulso inicial de la revolución argentina, y en remotas playas continuaría defendiendo el suelo nativo, que ya nadie atacaría.

IV

Si la expedición española fué en casi todo el curso del año de 1819 el fantasma alrededor del cual giró la política exterior del Río de la Plata, la guerra civil fué el espectro pavoroso que dominó toda la política interna. Esta guerra, era obstáculo para el desarrollo de los planes de San Martín, y por eso, antes de repasar los Andes y después de poner el pie en tierra argentina, todos sus conatos tienden á suprimirla, de cualquier modo que sea, primeramente, al promover por medio de la misteriosa Logia la mediación del go-

(16) Véase: « Gaceta de Buenos Aires » núm. 147, de 10 de noviembre de 1819.

bierno de Chile, — en que tan falsa posición asumió, — y posteriormente, al incitar á los caudillos disidentes de Santa Fe, Entre Ríos y Banda Oriental á la paz y á la unión, en nombre y en el interés primordial de la causa americana, de que era el hombre representativo. El armisticio doméstico entre el gobernador López de Santa Fe y las tropas del gobierno nacional en el Rosario, provocado indirectamente por él, y por la marcha del ejército de Belgrano sobre las montoneras, lo halagó por algún tiempo, haciéndole creer que pacificado el país obtendría nuevos recursos para proseguir las empresas lejanas, que consideraba salvadoras. Autorizado por el gobierno para abrir negociaciones pacíficas con los disidentes en su tránsito por el territorio de Santa Fe, «estipulando y concluyendo los pactos más conformes al interés general y particular de los pueblos» (17), abrió nueva correspondencia con los caudillos del litoral, recabó de los cabildos de Cuyo el nombramiento de diputados que lo representasen ante aquellos (18). Bajo esta confianza, y cuando consideraba disipada la amenaza inminente de la expedición española, recibe la noticia de que se habían roto de nuevo las hostilidades entre Santa Fe y Buenos Aires sobre la frontera de ambos territorios, entrando en liga de los caudillos anárquicos los de Entre Ríos y Banda Oriental. En tal conflicto, el gobierno le llama urgentemente por la tercera vez, confirmándole la autorización anteriormente dada para arreglar pacíficamente las desavenencias domésticas y le reitera la orden de marchar á Buenos Aires con toda la división de los Andes acantonada en Mendoza, teniendo en vista el doble objetivo

(17) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 8 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(18) Ofi. circular de San Martín de 22 de octubre, y contestación de los cabildos de San Luis y Mendoza de 29 de octubre de 1819, avisando haber nombrado diputados al efecto. M. S. S. (Arch. San Martín, vols. XXVII y XLIV.)

de la expedición española, caso de que se realizase, y la guerra civil que de cerca lo afligía (19). Estas ocurrencias llegaban simultáneamente con la seguridad de que todo estaba listo en Chile para emprender la expedición del Perú, en prosecución de lo acordado por la Logia (20), y de conformidad con lo anteriormente convenido con el gobierno argentino. Contestó oficialmente á los de Chile, que aceptaba gustoso la dirección de una empresa de que pendía la suerte decisiva de la América, y se pondría inmediatamente en marcha si la renovación de la guerra civil no se lo impedía (21). En su correspondencia confidencial con O'Higgins se expresaba en el mismo sentido; pero anunciábale que en vista de estas novedades suspendía su proyectado viaje al litoral (22).

En medio de esta situación confusa, trepidó nuevamente el ánimo resuelto del general de los Andes, entre sus obligaciones para con la patria, sus deberes estrictos de la disciplina y su visión clara de que la suerte de la revolución americana estaba en Lima, y de que antes de que la España pudiese poner un soldado en el Río de la Plata, él habría conquistado el Perú. Sea que la inminencia del peligro de la expedición, según las últimas noticias, lo decidiese; sea que aprovechándose de la nueva alarma procurase aumentar los elementos de que necesitaba para su grande empresa, ó lo

(19) Ofi. del ministro de guerra á San Martín, de 8, 13 y 16 de octubre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín *(Correspondencia reservada)*, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 24.)

(20) Ofi. de San Martín al gobierno de Chile acusando recibo de la nota en que se le participa haberse celebrado la contrata con la compañía encargada de los aprestos para la expedición del Perú. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(21) Ofi. de San Martín al ministro de gobierno de Chile, de 19 de octubre de 1819. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXVII.)

(22) Carta de San Martín á O'Higgins, de 19 de octubre de 1819. pub. por Vicuña Mackenna en «Rel. hist.», parte 2.^a (Véase Apénd. núm. 26.)

que es más probable, que asumiera por el momento una actitud expectante, el hecho es que contestó al gobierno que se ponía en marcha desde San Luis con seis escuadrones de caballería de línea y dos de milicias con 8 piezas de artillería, que formaban un total de 2,000 hombres, dejando en Cuyo su infantería por falta de cabalgaduras, según decía. Á la vez pedía al gobernador de Córdoba le preparase 4,000 caballos para su pronta marcha á Buenos Aires (23). Todo estaba preparado para responder á la alternativa atención de acudir al litoral ó tomar definitivamente el camino de Chile. Había levantado en masa la provincia de San Luis, alistándola en escuadrones de caballería para concurrir á su segundo plan contra la invasión española, en número de 2,000 hombres (24). La fuerza de la división veterana de 1,200 hombres que había repasado los Andes en marzo y abril, elevábase á la sazón á 2,200 (25). Los granaderos estaban estacionados en San Luis, donde se remontaban por alistamientos voluntarios y reclutamientos. El n.º 1.º de infantería hallábase acantonado en San Juan, y recibía una nueva organización calculada para la expedición al Perú (26). La artillería y los cazadores á caballo permanecían en Mendoza donde se hallaba el cuartel general. En esta actitud le sorprendió el anuncio de estar

(23) Ofis. de San Martín al gobernador de Córdoba, y al gobierno general de 22 y 24 de octubre, y contestación del primero, de 31 de octubre de 1819. M. S. S. (Arch. San Martín, vols. XXVII y LVII.) Véase Ap. núm. 26.

(24) Ofi. de San Martín al gobierno, de 27 de agosto de 1819, aconsejando el alistamiento general de San Luis, en número de 2,185 hombres. Doc. del Arch. general. M. S. (publicado en la « Gaz. de Buenos Aires » núm. 139, de 15 de setiembre de 1819.)

(25) Estado de fuerza de 15 de octubre de 1819. He aquí su detalle: Artillería, 116 plazas; Granaderos á caballo, 635; Cazadores á caballo, 577; N.º 1.º de cazadores de infantería, 808; Jefes y oficiales etc., 70—Total 2,200 hombres. M. S. (Arch. San Martín, vol. LI.)

(26) Arenales: « Mem. histórica », etc. cit. p. 188. — Espejo: « Bosquejo biográfico de Pringles. »

todo listo en Chile para la expedición del Perú, la noticia de haberse roto las hostilidades entre Buenos Aires y Santa Fe y la orden triplicada de acudir presurosamente á la capital con todas las fuerzas disponibles en Cuyo.

El plan del gobierno era reconcentrar todos los ejércitos de la república en la provincia de Buenos Aires, y formar una masa de ocho á diez mil hombres, teniendo en vista el peligro ya remoto de la expedición española, y por objetivo inmediato la guerra civil. Considerado este plan desde el punto de vista moral, militar y político, era una cobardía, en presencia de poco más de 1,500 montoneros mal armados que lo amenazaban; una imprevisión, entregar todo el resto del país al enemigo, y circunscribirse á un solo punto, que por sí mismo estaba garantido; era una abdicación del poder, abandonar á la anarquía todo el territorio, donde su acción se dilataría naturalmente y sin resistencia, y una verdadera deserción de la causa de la revolución, desguarnecer la frontera del norte que hacía frente al ejército realista del Alto Perú, renunciar á la alianza con Chile y á la expedición del Alto Perú, y lo era mucho más si se toman en cuenta las tenebrosas maniobras á que respondía, como luego se verá más claro. Á haberse realizado tal reconcentración,— como lo hemos observado en otro libro histórico,— y aun suponiendo preservada á la provincia de Buenos Aires de los males de la anarquía, este resultado negativo habría importado la disolución nacional de hecho, el aislamiento del poder general, y el divorcio con los intereses de las demás provincias. Aun triunfando en una batalla, la cuestión no se decidía. Había que emprender una nueva guerra de conquista contra todo el país insurreccionado, en que los ejércitos se gastarían estérilmente si es que no concurrían al desorden. Todas estas consecuencias, si bien no rigurosamente lógicas y necesarias, eran fatales, dados los antecedentes de la situación general y el estado de los espíritus. La guerra civil era un

fenómeno espontáneo, una enfermedad del tiempo que no podía curarse con amputaciones parciales operadas por el sable. Concurrían á encenderla, no sólo los instintos selváticos de las multitudes y de sus caudillos semi-bárbaros, sino también el descontento de las clases ilustradas de la sociedad, en presencia de una situación política perdida que reaccionaba contra las tendencias de la revolución, y esta influencia deletérea se extendía hasta las filas de los mismos ejércitos. Todo presagiaba una catástrofe inmediata, que la fuerza militar era impotente para prevenir.

V

El director supremo, Rondeau, perseverando en su plan, habíase puesto en campaña al frente del ejército de Buenos Aires, superior en número aunque no en bríos al de los montoneros, y marchaba á la frontera para hacerles frente allí, donde debía verificar su unión con el del norte, que desde Córdoba se dirigía con tal objeto á la espera del de Cuyo. Por lo tanto, el llamamiento de las fuerzas de Cuyo no respondía á una exigencia militar imperiosa. ¿Cuál era el verdadero objeto de la reconcentración de todos los ejércitos de la nación? Una comunicación enigmática dirigida á San Martín y firmada por el director Rondeau en su cuartel en campaña (10 de noviembre) responde á esta interrogación. Decía así: « *Reservadísimo*. — Todos los motivos que hacían

» urgente su aproximación con el ejército de su mando, son

» un átomo respecto de los que han ocurrido estos últimos

» días. Ellos son de un orden superior á todo lo que se puede

» imaginar, y ponen en el más grande de los conflictos, no

» ya á la presente administración, sino directamente toda la

» existencia de todas las provincias. Las comunicaciones de

» Europa novísimamente recibidas, nos anuncian próximamente y de un modo indudable un mal mayor que el de la expedición española; pero no pudiendo aventurarse al papel en ninguna forma, es preciso que acelere sus marchas para imponerse y prepararnos extraordinariamente y con urgencia, para que el Estado pueda ser salvado. Es un negocio de la última importancia; es inútil decir más » (27).

¿Cuál era este negocio magno, que se calificaba de conflicto, no siendo ni la expedición española, ni la guerra civil como se decía, y que afectando la existencia del Estado debía salvarlo? Era el establecimiento de una monarquía, sigilosamente complotada entre los poderes públicos del Estado, que se procuraba imponer al país por sorpresa y con el auxilio de la fuerza armada. Nada había sucedido en Europa que importase un conflicto para las Provincias Unidas, y por el contrario, las últimas comunicaciones de sus agentes diplomáticos anunciaban que la expedición española no sólo era irrealizable sino que en todo caso quedaría neutralizada. Era que el D.^o Valentín Gómez, de cuya misión hemos dado cuenta antes, (véase cap. XIX, § VI), había concertado en París un informal convenio *ad referendum* con el gobierno francés para la coronación de un príncipe de la casa de Borbón, — el duque de Luca, — como soberano del Río de la Plata, bajo la protección de la Francia, con la condición de allanar sus dificultades con la España dando *otra dirección* á su expedición, y de interesar al Portugal en el plan por medio del enlace de una princesa del Brasil con el presunto candidato al trono argentino, á fin de facilitar la evacuación de la Banda Oriental ocupada por los portugueses. El congreso, pasando por

(27) Nota del director Rondeau á San Martín fechada en el cuartel general de Lujan el 10 de noviembre de 1819. M. S. original, conservado entre los papeles del general San Martín, y que ha permanecido hasta hoy desconocido. (Arch. San Martín, vol. XXVII. Véase Apénd. núm. 25.)

encima de la constitución republicana jurada, traicionaba el programa de la revolución, contrariaba la voluntad nacional, inconsulta la opinión, al sancionar en secreto como una conjuración, lo que calificaba de « gran proyecto » (3 de noviembre), cuatro días antes de firmar el director supremo la enigmática comunicación antes trascripta. Cuatro días después (12 de noviembre), autorizaba al enviado argentino en París para proseguir la negociación iniciada, sin más restricción que pactar la absoluta independencia, y proponer la reintegración de la Banda Oriental como límite del territorio nacional (28). Las fechas son acusadoras, y proyectan su luz siniestra sobre ese oscuro documento, cargándolo con una sombra negra. No sólo se aceptaba la monarquía para lo ulterior, y se renegaba del credo republicano de la América, sino que como fin inmediato, al desviar del Río de la Plata y Chile la amenaza de la expedición española, dejábase á la España en libertad de dirigirla para reforzar al Perú ó para sofocar las insurrecciones de Méjico, Venezuela y Nueva Granada, de cuyos agentes en Europa se había prescindido estu- diosamente, y esto era más que una deserción de la causa de la América independiente, una verdadera hostilidad indirecta á su revolución.

San Martín, que era como se ha visto, monarquista de oportunismo, aunque republicano por temperamento y por convicción, y que había aprobado la misión de Gómez y aun propiciádola ante el gobierno de Chile, decidiéndolo á concurrir diplomáticamente á ella (véase cap. XIX, § VI), no tuvo conocimiento por entonces de este resultado, y su reso-

(28) Los documentos en que se fundan estas fechas y los hechos que con ellas se relacionan, los hemos publicado en el Apéndice número 48 de nuestra « Historia de Belgrano », (4.ª edición), ilustrándolos en los capítulos XXXVII y XLII de ella, donde las negociaciones y los acuerdos secretos del congreso y las resoluciones del ejecutivo se detallan con todos sus pormenores.

lución estaba ya tomada de antemano. Desobedecería.

Había llegado para San Martín el momento psicológico que modificaría el curso de los acontecimientos por un acto deliberado de su voluntad, acto que lo divorciaría de su patria decidiendo de su destino y también de los de la revolución sud-americana.

Hasta entonces su proceder había sido lógico consigo mismo, con un plan, con un objetivo fijo y con medios de acción apropiados para mover hombres y cosas como máquinas en el sentido de sus designios. Desde este momento, su conducta es doble, como lo fué al iniciar el repaso de los Andes; pero vacilante, cediendo á fuerzas latentes que lo atraían al exterior y poderosos impulsos que lo empujaban hacia el interior. El americanismo y el patriotismo combinado con el americanismo, pugnaban en su alma, y de aquí las alternativas de su espíritu y las variadas combinaciones que respondían á las diversas situaciones en que se encontraba sucesivamente envuelto por los acontecimientos super- venientes, por el acaso y por la misma complicación de sus misteriosos manejos. Al ponerse en pugna con el gobierno de Chile, que era su obra, hasta el extremo de pretender anona- darlo, retirándole su apoyo, con el objeto de obligarlo á rea- lizar la expedición al Perú, que lo atraía irresistiblemente, su conducta es consecuente con sus propósitos, y sus medios, aunque ambiguos, eran adecuados á sus fines. Al asumir ante el gobierno argentino el doble papel de acusador del gobierno de Chile por su falta de cumplimiento á los compro- misos internacionales, y hacerlo servir de instrumento de sus secretos manejos, era también consecuente con los objetos que perseguía á la luz del día. Al deshacer su laboriosa trama, haciendo servir á uno y á otro gobierno á enca- minar las cosas en el sentido de sus planes, y obtener de Chile todo lo que buscaba con la terrible presión por él ejercida sobre ambos, no hacía sino colocarse en la si-

tuación que de antemano previó. Pero al encontrarse envuelto en las dificultades que surgieron del amago de la expedición española al Río de la Plata, su marcha empieza á ser vacilante, y se le ve oscilar entre dos corrientes encontradas. Ora se resigna á permanecer á la expectativa de los sucesos ó se decide por la inmediata marcha al Perú, cuando la expedición anunciada parece disiparse; ora renuncia francamente á la empresa del Perú, le pide su escuadra á Chile para contrarrestar la invasión peninsular y combina nuevos planes para rechazarla en las márgenes del Plata, cuando considera amenazada la base de operaciones de su campaña continental; y cuando parece que va á tomar un rumbo, trepida y se detiene, y luego que se penetra que la expedición española no es un peligro serio, ó que puede conjurarse atacándolo como Scipion en Cartago para salvar á Roma, retrocede y permanece á la expectativa. Por último, cuando comprende que la guerra civil que le repugna, y que juzga con criterio de fatalista, va á arrastrarlo á su vorágine, á disolver su ejército, esterilizándose sus fuerzas para su patria y para la América, vuelve como la aguja imantada á tomar su dirección y se lanza resueltamente á cumplir su destino americano. Desde este instante, guardando su impenetrable secreto, su papel vuelve á ser doble en lo ostensible, y como el símbolo de dos caras y sin pies de los antiguos, marca el doble término en los Andes, presenta al mundo la cara iluminada por la gloria, y á la patria de que se divorcia la cara oscura, llevándose él su programa revolucionario, sus armas y su bandera emancipadora. Tal es el gran momento psicológico famoso en la vida de San Martín, el momento que presagia su desobediencia, la determina y marca el punto culminante de su carrera de libertador americano.

VI

Al finalizar el año XIX, las Provincias Unidas se hallaban en plena descomposición política. Sin un gobierno eficiente que dominase la situación, y con un gobierno sin ideas ni punto de apoyo en el país, sublevado en el litoral y pronto á levantar sus armas contra él todo el interior; enervado el espíritu público de la capital, centro del poder; minados los ejércitos: extraviados los poderes públicos en planes insensatos de monarquismo, que asumían el caracter de una tenebrosa conjuración, para corregir la anarquía que fomentaban por tales medios; rebelada moralmente la opinión de todas las clases del pueblo contra el gobierno general; era una situación perdida, que el director Pueyrredón entregara sin fuerzas, después de agotarlas en la tarea del gobierno, y que debía perderse fatalmente en manos del director Rondeau, último representante enfermizo del vigoroso centralismo gubernamental que había dado su impulso á la revolución. La revolución argentina, obedeciendo á su impulsión inicial y á los instintos populares, ejecutaba en ese momento su doble y peligrosa evolución, diseñándose sus dos tendencias características: la propaganda emancipadora en el exterior por las armas y los principios americanos por ella formulados: — la descomposición del mundo colonial en el interior, por la guerra social y el choque de las masas agitadas, impregnadas del espíritu disolvente de disgregación, que envolvía en el fondo un principio de transformación.

El ejército de los Andes era en aquel momento el último y único representante de la propaganda americana, que conservaba en medio de esta dispersión de las fuerzas morales y